

Viaje en bus.
Fuente: Linda Aragón



Artificios de la mente

Jeimmy de Luque Salcedo¹

Ella era de las personas a las que les gustaba volver al pasado, de una manera poco sana debo advertir. Guardaba recuerdos maltrechos, redibujados, en blanco y negro, como si fueran simples fotografías y otros como cortas secuencias de video. No se sentía orgullosa de la mayoría y con frecuencia intentaba pensar en algo que los hiciera mejor; cambiaba la hora, embellecía los lugares, intensificaba los colores y disminuía en su cabeza el ruido constante que le decía que no era correcto. Al final siempre se sentía culpable; era una profanadora de recuerdos.

Un día soleado simplemente despertó con la idea de fijar en su mente su recuerdo más preciado, pronto se iría y quería revivir una y otra vez algo

que la hiciera feliz. No obstante, se enfrentó al dilema de no saber cuál elegir; ahora tenía tan buenas memorias que no podía decidirse por ninguna.

La solución llegó de pronto. Lo mejor era atesorar su recuerdo menos contaminado. Al principio no se le ocurría nada, pero para su sorpresa algo irrumpió en sus pensamientos.

Huracán. ¡Huracán!, vociferaban los vecinos; alerta por huracán indicaban los noticieros. Titulaban en muchos periódicos esa extraña palabra, que para entonces ella no conocía. Tenía tan solo nueve años y había pasado la mayoría de ellos cambiándose tanto de ciudad que las condiciones de cada una eran diferentes. Había tenido la oportunidad de aprender tanto del mundo, pero en cada nuevo lugar sentía que ignoraba todo lo necesario.

1. Psicóloga de la Universidad del Magdalena. E-mail: jdeluque@unimagdalena.edu.co

*A los pocos días comprendió lo que era ese im-
petuoso fenómeno de la naturaleza y de lo que era
capaz, aunque en ningún momento llegó a tenerle
miedo o al menos expresarlo, cosa que sí hacían sus
compañeros de clase. Ninguno le caía bien, pero la
verdad sea dicha, ninguno le dirigía la palabra.*

*Es por eso que cuando faltó un día por haber
asistido a una cita médica, nadie le avisó que los
días siguientes era posible que se suspendieran las
actividades escolares como precaución por el dicho-
so huracán que se avecinaba.*

*Evidentemente ella asistió a la escuela y, por
supuesto, estaba vacía... a excepción, claro, del vi-
gilante que muy amablemente le explicó la situa-
ción. Ella no dijo palabra alguna, por lo que este
supuso que era una niña que amaba mucho asistir
a clase. Cuán equivocado estaba. Al final musitó
un gracias y cuando se disponía a volver a casa es-
cuchó que el vigilante decía:*

—Tranquila, no eres la única.

*Ella no comprendió a lo que se refería y tam-
poco se atrevió a preguntar. Siguió caminando hasta
la parada de buses. La calle estaba sola, era una
tarde sin sol, aunque había mucha luz y ella no te-
nía idea de dónde salía.*

*Si hubiese prestado más atención al camino
que al cielo habría caído en cuenta del chico con el
mismo uniforme, no habría chocado con él y este
no le hubiese mirado con vergüenza mientras reco-
gía algo en el suelo, en tanto ella, impasible, inten-
taba comprender la situación.*

*Cuando por fin se puso en pie el chico preguntó si
se había lastimado. Ella pensó por un momento que
nadie de su edad le había dirigido la palabra con tal
conocimiento de causa y respondió que sí. Ante la mi-
rada confundida de este, rectificó moviendo la cabeza.*

*Retomaron la marcha y se hicieron compañía
mientras esperaban el bus. Ninguno de los dos te-
nía miedo de irse solo, compartían eso: la indepen-*

*dencia por cuestiones de crianza, pero también esa
timidez rara de encontrar y difícil de afrontar en
los niños. Pronto se dieron cuenta y fue más por él
que por ella que se iban en la misma ruta.*

*Pasó un tiempo en el que ambos miraban la
calle y furtivamente dirigían su visión hacia el otro.
En una de esas sus miradas se encontraron, él son-
rió y le preguntó su nombre, ella rodó su cabeza y
se mantuvo en silencio.*

Para animarla dijo el suyo:

—Alexander—, así se llamaba.

*Cuando susurró el de ella pensó que Alexan-
der no la había oído porque en ese momento llegó
el bus. Él subió, ella le siguió y al ver todos los asien-
tos vacíos entró en pánico y se sentó su lado.*

*Cuando el bus arrancó, Alexander sonrió y
dijo algo que ella no esperaba:*

*—Es un gusto conocerte, Sahara—. Ella lo
miró y le devolvió el gesto.*

*Fue el mejor viaje en bus de su vida. Sin em-
bargo, después de ese día él nunca apareció de nue-
vo. A veces Alexander parecía tan real como su cor-
dura y a veces aparecía en los rostros de las otras
personas y en sus sueños.*

*Recordar, realmente hacerlo, la dejó exhausta
y además indignada. No podía creer que el úni-
co recuerdo que valía la pena terminara como un
misterio que la llenaba de nostalgia; tendría que
hacerle modificaciones para que al menos... Bas-
ta, se cortó. A veces, Sahara no podía evitar pen-
sar en ese tipo de soluciones y no podía mantener
mucho tiempo una idea.*

*De todos modos, servía. Iba a morir recor-
dando la dulce sonrisa de Alexander y su paseo.
Satisfecha porque había sido un día productivo,
Sahara llamó a la enfermera. Había terminado.
Solo quedaba esperar. ■■■*